

Pero en medio de tus soldados, en el ardor del combate, acuérdate de esta esposa y de este hijo que dejas lejos de tí.

Mas que á los romanos, mas que al hierro y al fuego temo á tu valor ardiente é impetuoso.

Conozco el arrojo con que te precipitas en medio de los combatientes, y espones tu cabeza á sus golpes.

Ninguna hazaña resistirá jamás á tu valor, que para tí la gloria no tiene límites.

Siempre has dicho que morir en el seno de la paz es un deshonra para los guerreros. Por eso el temor se apodera de mí.

No es que yo tema el esfuerzo de otro héroe que osára luchar solo contigo; pero... ¡Oh! Dios de los combates! alejad los siniestros presagios, conservad esta cabeza tan querida; que los golpes enemigos la respeten!

Los dos esposos llegan á la orilla del mar y se detienen; el bagel balanceándose sobre las olas despliega al viento sus blancas velas. Anibal antes de partir intenta calmar las inquietudes de su compañera, y para dar ánimo á su corazón le dice:—Fiel esposa, cesa de temer y de llorar.

En la paz como en la guerra, cada uno tiene señalado el término fatal de su vida.

El primero de nuestros días lleva tras de sí el último; y es muy poco el número de almas entusiastas á quienes está reservado un nombre, que repita la posteridad de generacion en generacion.

Para ellos tiene destinado el padre de los dioses la mansion del cielo.

¿Deberé yo sufrir que Cartago reciba sumisa el yugo romano?

En el silencio de la noche la sombra de mi padre se me aparece para exigirme el cumplimiento de mi promesa. La rapidez de la vida me impide diferir el cumplimiento de mi deber.

¿Habré de permanecer siempre aquí? ¿Será únicamente Cartago la que conozca á Anibal? ¿El universo, no ha de saber que existo? ¿El temor de la muerte me ha de hacer renunciar á la gloria? ¿Qué diferencia hay entre la muerte y la vida de un oscuro ciudadano?

No temas sin embargo que un arrojo temerario me prive de la gloria: conozco el precio de la vida: amo la ancianidad, porque comprendo cuan glorioso debe ser la prolongacion de la existencia en el seno de la inmortalidad.

Tu misma, ¿no recibirás el premio de mis victorias?... Que los dioses ayuden mi brazo, y las ricas matronas de Roma, y las mugeres de Italia serán tus esclavas.

El temido momento se acerca al fin. El maestro de la nave anuncia que el viento y la mar se presentan favorables para la partida, é Himilce se separa de los brazos de su esposo.

La quilla del bajel hiende rápidamente la líquida llanura, y en breve las brumas del horizonte lo envuelven robándolo por completo á las anhelosas miradas de Himilce, que besando la frente de su hijo confunde en aquel beso el cariño de la madre y el amor de la esposa.

## III.

Apenas las primeras auras primaverales empezaban á cubrir de flores las fértiles campiñas de la Edetania y de la Oretania, cuando Anibal despues de reunir en Cartagena sus tropas, de enviar á Africa quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, de traer á España igual número de africanos para defenderla bajo las órdenes de Asdrubal, y de reunir una escuadra de cincuenta galeras para contrarrestar las fuerzas marítimas de los romanos, puestos á buen recaudo los rehenes de las ciudades confederadas, movió su ejército compuesto de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes, para dar principio á la realizacion de su atrevido propósito.

Atraviesa el Ebro; sujeta á su paso á los pueblos hostiles que encuentra; licencia de buen grado á todos los que mostraban el mas

ligero temor de seguirle; cruza los Pirineos; vence á los Galos de la vertiente septentrional; llega á los Alpes; y sin que le arredre lo duro de la estacion pues avanzaba riguroso y temible el otoño; haciendo intervenir á la divinidad en sus proyectos; inflamando el sentimiento de lo maravilloso en sus soldados con la aparición que les refiere del Dios de su patria el cual le ha prometido la victoria y trazándole el sendero que debe seguir con las roscas de una serpiente, corona con su ejército la cima de los Alpes, muestra á sus soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el camino de Roma.

La ciudad del Tiber al ver traspasado el valladar que juzgaba inexpugnable, vaciló de asombro, y fiando á Sempronio, que acababa de vencer en Sicilia, la causa de la patria, vióse abatida por el poder de Anibal, y menguado su orgulloso ejército en treinta mil combatientes.

Nuevos triunfos consigue el vencedor africano sobre Flaminio en las orillas del lago Trassimeno, y poco despues cerca de Casilino en la Campania derrotando al ejército de Fabio; pero mientras tantos laureles adornaban las sienes del caudillo, señalando sus pasos con la fama de sus triunfos, terrible trance amenazaba en su patria el corazón de Himilce, y la vida del hijo de su amor.

Obedeciendo á estraños ritos y fanáticos errores de las primeras épocas de la historia púnica, el Senado cartaginés habia decretado para que los Dioses protegiesen la empresa de Anibal renovar los antiguos sacrificios á Saturno.

Los tiernos niños de las mas ilustres familias cartaginesas debian ofrecerse en holocausto á la voraz divinidad, y despues de regar con su sangre el ara del sacrificio, habian de quemarse sus cuerpos en la nefanda pira.

Entre las víctimas destinadas á tan terrible holocausto, señaló la adversa suerte al hijo de Anibal; pero Himilce presentándose con el tierno niño en sus brazos ante el Senado cartaginés, de tal modo supo defender con la energia de una española y con la elocuencia de una madre la amenazada vida de Aspár, que obligó á los Senadores y á los

Sacerdotes á suspender el sacrificio, enviando emisarios á Anibal para consultarle sobre aquella imprevista resistencia.

La respuesta del héroe no se hizo esperar.—«Si la sangre inocente ya vertida en el ara del sacrificio,—escribió al Senado,—no es bastante para tener propicia á la Divinidad, juro verter sangre de romanos en inmensa hecatombe hasta saciar á Saturno de humanos sacrificios. Himilce es mi esposa: Aspár es la esperanza de la patria, porque es el hijo de Anibal.»

De este modo el valor de Himilce salvó la vida de su hijo contra todo el poder del Senado cartaginés aumentando el renombre de la ilustre matrona.

Y no habia pasado mucho tiempo cuando el hijo de Amilcar cumplió su promesa, derrotando en la batalla de Cannas los ejércitos de Varron y Paulo Emilio, dejando tendidos en la arena mas de cincuenta mil romanos, haciendo prisioneros á doce mil, y enviando á su patria tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres de los caballeros de la vencida Roma, anillos que en lugar de la sangre de su hijo fueron esparcidos en el vestibulo del senado cartaginés.

El regocijo de Himilce con tan señalada victoria fué indescriptible. El pueblo viendo en ella á la digna compañera de Anibal, y en Aspár al sucesor del gran guerrero, los condujo en triunfo al templo de sus Dioses. Y sin embargo ya se cernia la muerte sobre aquellas cabezas tan queridas.

No mas el vencedor de Roma reposará tranquilo en los brazos de Himilce, ni hallará la felicidad que todos sus triunfos en vano le ofrecian, en la pura sonrisa de su hijo.

Horrible epidemia invadió la Bética, que estendiéndose por todas las regiones del Sur de la Península, sembró el espanto y la desolacion, lo mismo en la opulenta ciudad que en la humilde morada del labrador.

La niveladora segur del contagio no respetó ni virtud ni mérito, y cuando Anibal gozaba con la esperanza de volver al seno de su patria y á las tranquilas venturas de su hogar, Himilce y su hijo heridos por el terrible azote bajaban al sepulcro.

Triste fin, que acaso produjo en el héroe cartaginés el hondo despecho, que apartándole de la gloriosa senda comenzada, le llevó á ahogar en los placeres de Cápua el inmenso pesar de su corazón.

La memoria de Anibal vivirá eterna en los fastos de la historia, escrita con los triunfos de su espada; el recuerdo de Himilce será también imperecedero, porque se hizo digna de eterna memoria con su ánimo esforzado, sus virtudes de esposa, y su amor de madre.